



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tlfs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración: Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tlfs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.lv@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



I
■ Anda a las claras que ni la casa de Bernarda Alba ni la de la llamada *Malquerida* por mal nombre serían las mismas hoy, ganadas por la tecnología, con su gozosa suma de aquellos electrodomésticos que, nunca se sabe, de llegar a tiempo a caso hubiesen trastocado el argumento de los dos citados dramones piezas claves de nuestro teatro. Por otra parte, ¿de verdad nos imaginamos a la Bernarda lorquina, de rigurosos lutos, o a la Raimunda de Benavente, castellana de bandera, zanjando ambas sus problemas a golpe de teléfono móvil?

Que la tecnología ha cambiado, tantas veces positivamente, la verdad por delante, muchas vitales estructuras a la vista está, valga el ejemplo de nuestro

propio paisaje del que han ido desapareciendo, vencidos por la técnica, los molinos de ocho velas, hoy piezas museables los pocos que restan; las simpáticas norias, los malacates y chimeneas de la sierra minera, a la que pronto veremos convertida en un parque eólico, con sus generadores de energía...

Muchos usos y costumbres pasaron a mejor vida, derrotados por las nuevas tecnologías, por sus mandatos todopoderosos. Valga un ejemplo clarificador: desde el niño al anciano, desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca, del *Tenorio*; desde el señor de Santurce y el de Bilbao, desde el de Loja y el de Benaméj, ¿quién no cuenta hoy, como pieza clave de su existencia, con el ordenador, santa palabra, bendito sea?

Cierren aquí nuestro primer bloque semanal aquellas consideraciones, del todo atinadas, que en su momento puso en rodaje alguien tan de fiar como el gran actor Fernando Fernán Gómez, el cual, frente a la

pretensión de los que parecen sustentar su dicha personal exclusivamente en los avances de las modernas tecnologías, llegó a solicitar aquellos idóneos medios para que la gente también «siga sintiéndose feliz yendo de romería».

II

■ Decepción del que, creyéndose privilegiadamente tocado en el hombro nada menos que por un misterioso aerolito procedente a saber de qué lejana galaxia, descubre que el mencionado golpe le ha sido ocasionado por una vulgar maceta desprendida del balcón de su vecina doña Obdulia.

III

■ Cree el devoto del erotismo, obstinado él, que todo en la humana existencia es cuestión de poros.

IV

■ ¿Qué es lo que llevó a Unamuno a escribir su «Tratado de cocotología»,

es decir su estudio sobre las pajaritas de papel? ¿Se ha acabado ya la afición a la confección de las pajaritas? ¿De dónde le vino a Unamuno su amor a las mismas, tan serio y solemne él, jugando a ratos a ser medio cura, confesor laico de tantos de sus seguidores? No se necesitan excesivas dosis de fantasía para imaginar que el destino de las pajaritas de su mano salidas era el vuelo, alas abiertas, hala, hacia arriba siempre, el azul del cielo surcando. ¿Probamos nosotros al juego de la fabricación de pajaritas, colocándolas luego en el alfeizar de nuestra ventana, a ver qué pasa?

V

■ Todavía pudo ser feliz la fea, prima hermana de Picio, creyendo que en una próxima reencarnación se parecería a Ava Gardner, que en paz descanse.

VI

■ —¿Cómo me gustaría volar, tal ese pájaro que el cielo cruza! Quien lo decía se había olvidado de que él era un ángel.

VII

■ Febrero sin carnaval, a marzo remitido este año. Por una vez, sin un confeti que llevarse a la boca, sin una serpentina que rubrique en el aire la alegría de vivir, febrero locuelo deja de ser.

VIII

■ Viuda de Pérez el día en que, harta hasta la saciedad de ser viuda de Pérez se suelta el pelo.



El minicuento de urgencia

El niño sansirolé

Resultaba que el niño había nacido tirando a tonto, a sansirolé que se dice, así creciendo lejos del juego de los otros niños del pueblo, que se reían de su cabeza gorda Napoleón y que le apartaban de sus partidos con la pelota de plástico y de sus excursiones al río. Algunas veces una certera pedrada iba a estrellarse contra la cabeza del niño, abriéndole una brecha que la madre curaba a beso y lágrima.

El niño sansirolé, de tanto escuchar por la «tele» aquellas canciones en las que se llegaba a certificar que la luna es una mujer, que espejo del sol viene a salir, que un torito de casta valiente tuvo amoríos con la luna y que la luna vino a la fragua con su polsón de nardos, que dicen los poetas, el niño tonto, decíamos, llegó a enamorarse de la luna, así como sueña, y ya todo fue lo que se dice un poema descubrirlo absorto, cara al cielo, durante las fases de la luna llena. De tal modo había conectado con su imagen de panderero de luz, de farolón del firmamento, que cuando se celebró en el pueblo el concurso de elevación de cometas, el niño, de mano de la madre, vino a presentarse a aquel, sólo que no aceptando ningun-

na de las cometas de papel a las que tenían derecho todos y cada uno de ellos participantes.

—Mi cometa es la luna —dijo sencillamente el niño.

No es para contar la risa burlona que tal observación vino a provocar en todos. Sin embargo, cuando se celebró el concurso, absortos quedaron todos al descubrir que, efectivamente, la luna llena pasaba a ser la cometa del niño tonto, en sus manos el cadejo del hilo gordo arrastrando la luna hacia la izquierda en unas ocasiones hacia la derecha, en otras. Vino así el sansirolé a dominar la luna, tras de él corriendo unas veces, deteniéndose otras, hasta hacerle ganar el concurso y obtener un bonito trofeo que colocó en el sitial de honor de su cuerto de niño tonto.

El cuento podía terminar aquí, mandando al niño al cielo, en su pequeño ataúd blanco con galones dorados, salvándole de este modo de los pesares de la existencia que, por sansirolé, le aguardaban. Sin embargo, al final, ha estimado uno que por lo pronto feliz a su manera se encuentra el niño frente a la gran pizarra del cielo, aguardando cada mes los cuartos crecientes que le conducen a la plenitud de la luna llena, hostia

